

PRIMERA PARTE
PRAXIS DEL DESPERTAR ÁRABE

INTRODUCCIÓN

Cuando a finales de 2010 se sucedían las manifestaciones de protesta en Túnez, nada ni nadie vaticinaba la dimensión y trascendencia que alcanzarían. En el mundo árabe, por lo general, este tipo de movilizaciones terminaban siendo disuadidas y reducidas por la represión sistemática de sus aparatos estatales, que encarecía los costes de la participación pública y minimizaba las ya de por sí escasas posibilidades de arrancar concesiones de un sistema de poder que se mostraba duro e inflexible. Pero, en esta ocasión, los cálculos habitualmente asociados a la región árabe fallaron. Las acciones de protesta colectiva no solo se extendieron por el país magrebí, sino también por buena parte de la geografía árabe. Su ciudadanía rebasó así el umbral del miedo que la atenazaba, al mismo tiempo que desafió y alteró el orden del Estado árabe postcolonial. Se

* Este texto se enmarca en el proyecto de investigación I+D "Las revueltas árabes: actores emergentes y reconfiguración de la esfera pública en el Norte de África y Oriente Medio" (CSO2012-37779), dirigido por Ignacio Álvarez-Ossorio.

iniciaba de este modo un nuevo ciclo político en el mundo árabe, que ha tenido un seguimiento, intensidad e impacto desigual en sus respectivas sociedades y estados, debido a su propia heterogeneidad. Algún caso ha registrado ciertos avances, otros han sido más simbólicos, sin faltar las resistencias, retrocesos, estancamientos y, también, la apuesta por la continuidad. El grado de conflictividad entre las fuerzas que abogan por el cambio y las que se resisten a reformar o transformar el statu quo ha girado desde las manifestaciones pacíficas hasta los conflictos armados, con una evidente intervención transnacional e internacional tanto de manera directa como indirecta.

El carácter actualmente convulso, inestable y volátil del escenario árabe otorga poca fiabilidad a un diagnóstico de perspectiva. Los tres años transcurridos desde el estallido de las revueltas parecen un plazo muy corto para hacer balance de un proceso histórico de más largo alcance y, en consecuencia, todavía en sus comienzos. Esto no excluye advertir algunas tendencias y comportamientos orientativos de futuros escenarios. Menos arriesgado es aventurar que, previsiblemente, en los próximos años, e incluso décadas, se prolongará y asistirá de manera cíclica a la colisión que hoy día tiene lugar entre las fuerzas del cambio y las retardatarias o partidarias del inmovilismo político. De momento, la única certeza introducida por la denominada Primavera Árabe es la quiebra del dilatado statu quo anterior, pese a que algunas fuerzas sigan empeñadas en prolongarlo, revitalizarlo o restituirlo con viejas y nuevas fórmulas lampedusianas. Si bien esto último deja abierta la pregunta: ¿hacia dónde se dirige el mundo árabe?, cabe avanzar algo más acerca de cómo un incidente aislado pudo encontrar semejante eco, dando lugar a una inusitada oleada de protestas y revueltas en un entorno que, desde cierta óptica, parecía vetado al cambio social y político, sumiéndolo en una aparente y resignada suspensión en la historia.

DEL INMOVILISMO AUTORITARIO AL DINAMISMO PRODEMOCRÁTICO

En la aproximación —académica, mediática y política— occidental a la realidad social árabe ha predominado una visión de marcado sesgo culturalista o esencialista. Su rasgo definitorio reside en enfatizar el aspecto cultural y religioso de las sociedades arabomusulmanas como elemento determinante de su carácter supuestamente invariable. Desde esta perspectiva, se suele retroceder a varios siglos atrás en la historia (remontándose a la emergencia y expansión del islam, preferentemente) o bien recurrir a sus textos doctrinales para tratar de explicar fenómenos del mundo árabe contemporáneo y actual como si, desde entonces, nada sustancial hubiera cambiado. En esta percepción el Oriente árabe-islámico es construido como un espacio estático e inmutable (Said, 1978), sin advertir que toda expresión religiosa es “texto y contexto”. Esto es, una doctrina susceptible de sucesivas, diversas e incluso contradictorias interpretaciones producidas en “un contexto sociopolítico específico” (Esposito, 2003: 191).

Semejante aproximación no ha sido del todo ajena e inocente al discurso político, ni tampoco a su praxis. Por el contrario, ha servido de argumento central para diversas etapas históricas y coyunturas políticas. Durante la guerra fría el autoritarismo se explicaba como una fase transitoria, centrada en la búsqueda del crecimiento económico y el desarrollo social, que tendría como consecuencia inevitable la apertura política. Sus duros gobiernos eran percibidos como agentes modernizadores, además de aliados frente a la temida y magnificada amenaza comunista. Pero con el fin de la confrontación bipolar y la revalorización de la democracia liberal durante la posguerra fría, se siguió apostando por los regímenes autoritarios como un “mal menor” frente al auge de los movimientos islamistas (y, en particular, los yihadistas o terroristas). Esta elección no

era ajena, aparentemente, a la denominada *paradoja de la democracia*, que indicaba que la hipotética apertura democrática de los sistemas políticos árabes no llevaría al poder a los aliados o fuerzas pro occidentales. Por el contrario, era más previsible que triunfaran las opciones nacionalistas e islamistas opuestas —en teoría— a los intereses occidentales. Así fueron interpretados los sucesos de Argelia, donde el Ejército anuló las elecciones de 1992 ante el potencial triunfo del Frente Islámico de Salvación, mientras las potencias occidentales consentían mirando hacia otro lado. Desde este prisma, “había que elegir entre un tirano aliado y una democracia hostil” (Huntington, 1997: 235).

En este mismo contexto político e intelectual, en el que se pretendía explicar (y justificar) la renuencia occidental a fomentar y apoyar la democracia durante la posguerra fría, se produjeron los atentados del 11-S. Al hilo de estos dramáticos sucesos se suscitó una nueva línea de reflexión en torno a la democratización del mundo árabe. En concreto, se reconocía que la apuesta política estadounidense por la estabilidad en detrimento de la democracia en Oriente Medio y en el Norte de África había sido errónea. Si bien, en apariencia, los regímenes autoritarios aliados propiciaban —a corto plazo— una mayor seguridad que la incertidumbre inherente a la democratización, no menos cierto era que —a medio y largo plazo— se vertebraba como una “falsa estabilidad” (Rice, 2008: 139). Esta política exterior se había mostrado incluso contraproducente porque generaba no solo consecuencias imprevistas, sino también las contrarias a las deseadas y buscadas. En esta misma dirección, otros estudios concluían que, en efecto, la democratización del mundo árabe entrañaba riesgos, pero su negación implicaría otros aún “más significativos a largo plazo” (Albright y Weber, 2005: 3-4).

De estas reflexiones se extraía que la supuesta *excepcionalidad islámica* descansaba más en premisas políticas e ideológicas

que en el rigor científico o supuestos objetivos. Los prejuicios (incluso raciales) que, durante largo tiempo, prevalecieron sobre la democratización de los países católicos en América Latina y el sur de Europa, junto a los de tradición confuciana en Asia, se habían reproducido en el caso de los islámicos. Se consideraba que las tendencias u olas democratizadoras en la sociedad internacional tenían su excepción en dicho mundo, que no se había hecho eco de los procesos de transición a la democracia experimentados en el sur de Europa durante la década de los setenta, seguido de América Latina en los ochenta y de Europa del Este en los noventa, dinámica a la que también se habían sumado otros países del Tercer Mundo.

Pero la sucesiva alternancia en el poder registrada en importantes países islámicos como Indonesia, Pakistán, Turquía, Bangladesh o con significativas minorías musulmanas como India refutaba la tesis culturalista. Pese a su corta, cuestionada calidad e irregular experiencia democrática, se concluía que no había nada intrínsecamente asociado al islam que impidiera la democratización de sus sociedades y estados. Para muchos analistas, más que abogar por una reforma religiosa, la clave para la transformación del mundo islámico estaba en su "reforma política y económica" (Zakaria, 2003: 163). Tamaña empresa no era fácil ni inmediata, sino fruto de un proceso muy largo, complejo e incierto. Las dificultades para su democratización eran obvias. Pero, siendo enormes e importantes, no eran de índole cultural o religiosa, sino más apegadas a la realidad de su base material. A su vez, esta evolución en la percepción del universo islámico contribuyó a centrar cada vez más la atención en su núcleo árabe, más visible, pero minoritario (de 1,6 billones de musulmanes en el mundo en 2010, solo 317.070.000 eran árabes) (Pew Research Center, 2012: 21-22).

Si bien en Asia, África subsahariana y América Latina estaban ancladas otras dictaduras, también habían conocido procesos de transición a la democracia. A diferencia de esta situación

más heterogénea, en el orbe árabe no coexistían regímenes autoritarios y democráticos. Por el contrario, con la excepción del Líbano (que tampoco es considerado un sistema plenamente democrático), el autoritarismo ha sido la norma. Su persistencia y concentración llaman la atención sobre las particularidades de la región por mostrarse más reacia y rezagada a su democratización. Pero lejos de supuestas limitaciones culturales o religiosas, el acento comenzaba a ponerse en otros aspectos como “la economía y la geopolítica” (Diamond, 2010). El déficit democrático árabe era explicado desde dos ángulos. Uno, de carácter macroestructural, consideraba que para experimentar una transición desde el autoritarismo era preciso cumplir con una serie de prerequisites de orden social, económico, político e institucional; y otro, centrado en los actores o agencia humana, sostenía que dicha transición puede ocurrir ante una variedad de condiciones y depende de la elección estratégica que adopten los actores del régimen y oposición implicados (Posusney, 2005: 1-18).

LA CHISPA QUE HIZO ARDER LA PRADERA

Un incidente de abuso de poder, que se comete cotidiana e impunemente bajo un sistema autoritario, encontró una respuesta inusitada y de consecuencias imprevisibles en la localidad tunecina de Sidi Bouzid. El joven agraviado, Muhammad Bouazizi, que se ganaba la vida como vendedor ambulante, no soportó más la reiterada vejación y humillación de la Policía. Preso de la frustración y la impotencia, adoptó una acción individual y autodestructiva con su inmolación pública en señal de cólera y protesta, el 17 de diciembre de 2010, muriendo tres semanas después, el 4 de enero de 2011.

La noticia de la tragedia se propagó rápidamente por todo el vecindario, agrupando las primeras manifestaciones de

repulsa y protesta que, a su vez, se fueron extendiendo por otras localidades y por la propia capital tunecina. Poco importaba que las distintas versiones de lo ocurrido no coincidieran en los detalles o fueran algo contradictorias. Como recuerda el teorema de Thomas, "si las personas definen las situaciones como reales, estas son reales en sus consecuencias". Los rumores y comentarios circularon por distintos medios, desde las más estrechas relaciones interpersonales de "cara a cara" hasta la "inmediatez" facilitada por las nuevas tecnologías de la información y comunicación (TIC). La censura no pudo contener la divulgación de las imágenes más impactantes mostrando las manifestaciones públicas y, también, la consiguiente represión policial.

En esta ocasión el uso indiscriminado de la fuerza no tuvo el acostumbrado efecto disuasorio, pese a que la represión se cobraba la vida de varios manifestantes en las movilizaciones colectivas que se sucedían cada día. En contra de las previsiones habituales, las protestas no cesaban. La sublevación ganaba incluso nuevas adhesiones, además de multiplicar su capacidad de convocatoria y seguimiento. La participación ciudadana se ensanchó tanto por la geografía tunecina como por la incorporación de nuevos sectores sociales. Del mismo modo, las reivindicaciones se ampliaron desde el espacio socioeconómico al político. Las primeras protestas de repulsa por la muerte del joven Bouazizi se transformaron rápidamente en un revulsivo para expresar el malestar social generalizado y acumulado a lo largo del tiempo en prácticamente todos los ámbitos de la vida. Las demandas socioeconómicas fueron solapadas por las políticas, que exigían la caída del régimen personalizado en el presidente Ben Ali y su familia, percibida como un "clan mafioso" (Nair, 2011).

La situación se hacía insostenible por momentos. En la elite gubernamental se advirtieron las primeras y más importantes fisuras. El Ejército no secundaba la represión a cargo de

los cuerpos policiales, negándose a abrir fuego contra la multitud. Al desobedecer las instrucciones presidenciales, el Estado Mayor del Ejército tunecino retiraba su apoyo a Ben Ali en un momento crucial para su continuidad en el poder. Así lo entendió la propia guardia presidencial al comunicar al presidente que no podía garantizar su seguridad personal. Ben Ali se vio forzado a abandonar el país el 14 de enero, poniendo fin a su presidencialismo autoritario. De este modo se cerraba un capítulo lóbrego en la historia de Túnez, al mismo tiempo que se abría otro nuevo lleno de ilusiones de cambio y progreso, no exento de obvias dificultades e incertidumbres.

En la historia más reciente de los pueblos árabes no existía el precedente de que un mandatario (presidente o rey) se viera forzado a abandonar el poder —e incluso el país— debido a una sublevación popular, unido al imprescindible consentimiento o apoyo otorgado por el Ejército, una de las instituciones más importantes del Estado árabe postcolonial. El precedente más cercano se remontaba a Irán (país islámico no árabe), cuando en 1979 se produjo la revolución que destronó al sah bajo la mirada del Ejército iraní.

El temido efecto de contagio se produjo de manera casi inmediata. Túnez, en teoría, contaba con unas condiciones más favorables para iniciar una transición desde un régimen autoritario, que eran más débiles o inexistentes en otras sociedades y estados árabes: sociedad civil más articulada, Ejército no intervencionista e institucionalizado, ausencia de rupturas tribales, étnicas y confesionales, mayor demarcación entre el espacio público y religioso, Código del Estatuto Personal más avanzado y un papel más positivo de las mujeres. Sin embargo, esto no impidió que el ejemplo tunecino quisiera ser rápidamente emulado en su entorno. Incluso algunos ciudadanos de otros países árabes se quemaron a lo bonzo a semejanza de Bouazizi, en la creencia ingenua de que provocarían una respuesta social como la tunecina. Pero la mecha de las revueltas ya

había prendido mediante su contagio, dando lugar a un acontecimiento “poco común” en la historia: la “concatenación de levantamientos políticos, uno a continuación de otro, que recorre toda una región del mundo” (Anderson, 2011: 5).

Meses antes, en el Sáhara Occidental, se había establecido un campamento en Gdeim Izik, en las afueras del Aaiún, en protesta por la situación socioeconómica de la población saharauí. Con su desmantelamiento por las fuerzas marroquíes en noviembre de 2010, adquirió una dimensión política nacionalista. Pese a que algún autor (y activista) como Noam Chomsky ha querido ver en este movimiento el inicio de la Primavera Árabe, otros académicos lo matizan como un mero “preludio”, mientras que un tercer grupo considera que la protesta saharauí no “se inserta en la misma dinámica” (Szmolka, 2013: 46). De hecho, no tuvo el efecto precipitante o revulsivo que adquirió la rebelión tunecina para los restantes levantamientos. Un recuento esquemático de las movilizaciones colectivas y revueltas en varios países árabes ilustra el ciclo de protesta y contestación política iniciado tras la caída de Ben Ali en Túnez, el 14 de enero de 2001 (tabla 1) (Gutiérrez de Terán y Álvarez-Ossorio, 2011).

TABLA 1

CICLO DE PROTESTA Y CONTESTACIÓN POLÍTICA TRAS LA CAÍDA DE BEN ALI

| PAÍS | INICIO | MOVILIZACIÓN | RESULTADO |
|-------|-------------------|---|---|
| Túnez | 17 diciembre 2010 | Autoinmolación Bouazizi. Manifestaciones de protesta. Represión policial. Negativa del Ejército a reprimir manifestantes. | Ben Ali huye del país (14 enero 2011). |
| Yemen | 15 enero 2011 | Inicio de protestas articuladas por estudiantes y activistas sociales. Fuerte represión. División del Ejército. Mediación del Consejo de Cooperación del Golfo. | Ali Saleh renuncia a la presidencia (25 febrero 2012) y traspasa poder al vicepresidente Abd Rabbuh Mansur al-Hadi (27 febrero 2012). |

TABLA 1

CICLO DE PROTESTA Y CONTESTACIÓN POLÍTICA TRAS LA CAÍDA DE BEN ALI (CONT.)

| PAÍS | INICIO | MOVILIZACIÓN | RESULTADO |
|-----------|--------------------|--|--|
| Egipto | 25 enero 2011 | Se convoca el Día de la Ira. Sucesión de manifestaciones y acampada en la plaza Tahrir en El Cairo. Fuerte represión policial. Ambigüedad del Ejército. El Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas Militar asume el poder. | Destitución de Mubarak 18 días después (11 febrero 2011). |
| Argelia | 12-19 febrero 2011 | Precedida por la creación de la Coordinadora Nacional para el Cambio y la Democracia (21 enero), se producen diversas manifestaciones y concentraciones reprimidas por la Policía. | Se levanta el estado de excepción impuesto desde 1992. |
| Bahréin | 14 febrero 2011 | Convocatoria de manifestaciones y concentraciones. Fuerte represión policial. Intervención de las Fuerzas Armadas de Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos (14 febrero 2011). | |
| Libia | 17 febrero 2011 | Convocatoria manifestaciones, seguida de una fuerte represión. Se registran desertiones en el Ejército, cuerpo diplomático y en otros órganos de la Administración. El país queda dividido entre fuerzas leales y rebeldes. Intervención de la OTAN. | Muerte de Gadafi a manos de los rebeldes (20 octubre). Concluye intervención de la OTAN (31 octubre) y el Consejo Nacional de Transición asume el poder (1 noviembre 2011). |
| Palestina | 18 febrero 2011 | Convocatoria manifestación que exige unidad nacional entre las dos principales fuerzas políticas, Fatah y Hamás. Manifestaciones previas de apoyo a la revuelta en Egipto fueron reprimidas en Gaza y Cisjordania. | Fatah y Hamás firman un principio de acuerdo que no llegan a concretar ni implementar. La Autoridad Palestina anuncia convocatoria de elecciones. Solo se celebran las municipales en Cisjordania. |
| Marruecos | 20 febrero 2011 | Se convocan manifestaciones y concentraciones por todo el país. | Se acomete reforma constitucional. |
| Omán | 27 febrero 2011 | Se registran movilizaciones. | Se producen algunas reformas legislativas que conceden más poder al Congreso (Consejo de Consulta) como la interpelación de ministros. |
| Líbano | 6 marzo 2011 | Manifestaciones por la capital y otros puntos del país para pedir el fin del sistema confesional. | |

| PAÍS | INICIO | MOVILIZACIÓN | RESULTADO |
|--------------|--------------------|---|--|
| Siria | 15 marzo 2011 | Convocatoria de manifestaciones por diversos puntos del país, donde se habían registrados anteriormente otros intentos frustrados. Fuerte represión y derivación cada vez más violenta de algunas movilizaciones. Se produce deserciones en el Ejército sirio y se forma el Ejército de la Siria Libre. | Situación de guerra civil con apoyo e intervención indirecta de diversos estados de la región y de algunas de las principales potencias mundiales, unido a la intervención directa de organizaciones transnacionales vinculadas a la red de Al Qaeda, y organizaciones no estatales (Hezbollah). |
| Arabia Saudí | 20 marzo 2011 | Movilizaciones en la zona oriental del país donde se encuentra la minoría chií. Movilizaciones de las mujeres para conducir solas. | Adopción de medidas económicas de subvención a productos básicos. Otorga derecho al voto —pasivo y activo— de la mujer en las municipales de 2015. También se anuncia que las mujeres podrán ser miembros del Consejo Consultivo (Shura), que aconseja al monarca. |
| Jordania | 25 marzo 2011 | Manifestaciones que exigen reformas y democratización del sistema monárquico, además de protestar por el encarecimiento de servicios básicos (gas natural). | Cambio de gobierno y reforma parcial de la Constitución. |
| Kuwait | 16 septiembre 2011 | Manifestaciones exigiendo reformas democratizadoras del sistema monárquico y lucha contra la corrupción | Dimisión de varios parlamentarios y ministros por escándalos de corrupción. |

FUENTE: GUTIÉRREZ DE TERÁN Y ÁLVAREZ-OSSORIO (2011: 211-222). ELABORACIÓN PROPIA.

Las preguntas, por tanto, son: ¿cómo fue posible que un incidente aislado, de abuso de poder, que se comete a diario bajo una dictadura, haya provocado semejante reacción? ¿Qué posibilitó que la contestación política rebasara la localidad donde se produjo el trágico suceso con su extensión por todo el país e incluso más allá de las fronteras tunecinas? ¿Cómo se produjo su contagio y concatenación por el orbe árabe, dando lugar a las mayores movilizaciones colectivas desde las luchas por la independencia que pusieron fin a la etapa colonial a mediados del siglo XX?